

## **Nueva y necesaria la edición de *Aristas*, el primer libro publicado de Antonio S. Pedreira<sup>1</sup>**

*Miguel Ángel Náter, Ph. D.  
Departamento de Estudios Hispánicos  
Universidad de Puerto Rico*

Hoy nos convoca la nueva edición de *Aristas*, el primer libro de ensayos que publicó Antonio S. Pedreira en 1930. Viene acompañada de la elegante prosa del «Estudio introductorio» de la Profesora Emérita de la Universidad de Puerto Rico, doctora Mercedes López-Baralt, Miembro de Número de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, maestra de tantos, entre quienes tengo la dicha de contarme. La publicación se debe a Ediciones Cielonaranja, de Santo Domingo, cuyo editor, Miguel D. Mena, ha comenzado una Biblioteca de Puerto Rico, donde ya se incluyen otros libros como la *Moral social*, de Eugenio María de Hostos, con el prólogo de Pedro Henríquez Ureña, y dos libros adicionales, uno de Efraín Barradas, titulado *Para devorarte otra vez: Nuevos acercamientos a la obra de Luis Rafael Sánchez*, y de Víctor Fragoso, titulado *De la noche a la muchedumbre: Los cantos épicos de Pedro Mir*. Deseamos éxito a esa empresa y que se geste como aquella Biblioteca de Autores Puertorriqueños que en su momento impulsó el licenciado Manuel García Cabrera con el apoyo de la Imprenta Venezuela y las ilustraciones de Carmelo Filardi o como los intentos editoriales de José M. Colón con su Editorial Coquí.

Pedreira no necesita presentación. No obstante, me parece necesario recordar su ciclópea tarea. En 1957, Jaime Benítez, entonces Rector de la Universidad de Puerto Rico, utilizaba unos versos del poeta chileno Pablo Neruda (1904-1973) para caracterizar el desarrollo trunco de la vida de «la primera figura de la Universidad», Antonio Salvador Pedreira (1898-1939). Dice Neruda: «Con una sola vida no aprenderé bastante / con la luz de otras vidas vivirán otras vidas en mi canto»<sup>2</sup>. Pedreira, quien según Benítez era la persona idónea para dirigir la Universidad, como lo afirma en

---

<sup>1</sup> Presentación de *Aristas*, de Antonio S. Pedreira, en Librería Laberinto (El Viejo San Juan), 7 de febrero 2019.

<sup>2</sup> Jaime Benítez, «Vida entre dos virajes», *Extramuros*, año II, número 2, 1964; p. 4.

carta a la viuda del ensayista y poeta, Marietta Negrón, desarrolló una obra verdaderamente encomiable –por lo abarcadora y profunda– en el período que va de 1928 a 1939, específicamente entre el ensayo «De los nombres de Puerto Rico», publicado en 1928 en la incipiente *Revista de Estudios Hispánicos* que dirigía Federico de Onís en el Departamento de Estudios Hispánicos, hasta *El periodismo en Puerto Rico*, obra que póstumamente se publicó en 1942. Con esta última bastaría para reconocer en él a uno de los mayores investigadores de Puerto Rico. Pero su obra no queda ahí. Se suman a esta *Aristas* (1930), *Hostos, ciudadano de América* (1932), su tesis doctoral, presentada a la Universidad de Madrid; *Bibliografía puertorriqueña* (1932), obra que se remonta literalmente al tiempo de María de las Castañas (1493-1930); *Insularismo* (1934), *El año terrible del 87*, y *La actualidad del jíbaro* (1935), *Un hombre del pueblo*, *José Celso Barbosa* (1937) y *Curiosidades literarias de Puerto Rico* (1939). A esto habría que anexar la recopilación de ensayos periodísticos (sobre todo publicados en *El Mundo*), realizada por la fraternidad Phi Eta Mu, con prólogo de Concha Meléndez, que se publica en 1942, titulada *Aclaraciones y crítica*, y una serie de ensayos sueltos todavía dispersos en periódicos y revistas. También hay que observar todo lo que escribió y se publicó en la revista *Índice* hacia finales de la década del veinte, y sus poesías que se publicaron en periódicos y revistas como *El Diluvio* y *El Imparcial*, especialmente, ahora recogidas bajo el título *Los silencios de oro y otras poesías* por la Editorial Tiempo Nuevo. Josefina Rivera de Álvarez valoraba la obra de Pedreira del siguiente modo: «Su muerte prematura, acaecida el 23 de octubre de 1939, puso punto final a una de las obras de más ancho aliento y de mayor significación e intensidad jamás realizadas en la historia de todas nuestras letras»<sup>3</sup>. Concha Meléndez, mucho antes, valoraba la vida de Pedreira de otro modo: «Vida y expresión cumplidas, no podría hablarse nunca de Pedreira como de un malogrado, a pesar de su temprana muerte»<sup>4</sup>.

Ya su excelente ensayo *Insularismo* (1934) le ha ganado adeptos y máximos enemigos. En la última huelga estudiantil vi marcados en rojo todos los nombres, tarjetas e iniciales del Edificio que lleva su nombre en

<sup>3</sup> Josefina Rivera de Álvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña*, Río Piedras, Ediciones de la Torre, Universidad de Puerto Rico, 1955; p. 413.

<sup>4</sup> Concha Meléndez, «Antonio S. Pedreira: Vida y expresión», *Viernes* (Caracas), año I, volumen 7, febrero de 1940; p. 18. Puede consultarse, también, en *Asomante, Obras completas*, volumen II, San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970; p. 51.

la Facultad de Humanidades, con adjetivos como «racista» o «machista», que vienen a unirse a la idea del «paternalismo» que se ha observado a lo largo de las últimas décadas. La crítica no siempre es negativa y el diálogo que pueda establecerse con un ausente –por muerto– debería hacerse desde la altura del respeto a un estudioso de la estatura de aquel que nos aglutina hoy. No quiero defender lo que no se puede defender. No se me tome a mal. Pedreira ha sido traído y llevado desde Juan Flores (1943-2104) y su libro *Insularismo e ideología burguesa en Antonio Pedreira* (1979), donde el estudioso descarta los horizontes intelectuales de Pedreira expuestos en *Insularismo* como marco teórico o histórico para interpretar las nuevas realidades artísticas de la efervescencia cultural posterior con Pedro Pietri, Sandy Esteves o Víctor Hernández Cruz, entre otros ejemplos. Aquella variada experiencia cultural lleva al estudioso a considerar «estrechos» los horizontes intelectuales de Pedreira. Pero no se puede descartar que en mucha de la producción literaria desarrollada en la Isla siguió vigente la idea que de la cultura había señalado *Insularismo*. Del mismo modo sucede en un excelente libro de Juan G. Gelpí, titulado *Literatura y paternalismo en Puerto Rico* (1994), donde se analiza la actitud paternalista de Pedreira y su gestación de un canon que se llegó a tomar como la imprescindible lista de obras que debían leerse y estudiarse. No cabe duda de que a Pedreira se le pueden endilgar todos los mote habidos y por haber; pero tampoco se puede negar su afán por darnos en un principio lo que apenas teníamos. Pocos países latinoamericanos tienen una Bibliografía como la que realizó Pedreira o un estudio de los periódicos tan meticuloso como el que hizo. Aun cuando se le pueda tildar de racista, escribió la biografía de un negro llamado José Celso Barbosa.

Si bien el joven Pedreira comienza sus escauceos literarios en la revista titulada *El Radical* hacia 1915, donde publica algunas prosas con títulos como «Libertad y libertinaje» o «De las viejas tradiciones», luego participará en las revistas *Summer School News* y *El Diluvio*, y seguirá formándose poco a poco para ir delineando su discurso a lo largo de los años de la década del veinte. Desde principios de esa década comenzará a enviar sus colaboraciones al periódico *El Imparcial* desde Nueva York. En 1920, el artículo titulado «Las leyes azules»<sup>5</sup> ya adelanta un aspecto que veremos en uno de los más exquisitos ensayos de *Aristas*, titulado «Ensayo cromá-

---

<sup>5</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Las leyes azules», *El Imparcial*, año III, número 300, 27 de diciembre de 1920; p. 7.

tico», a saber, la influencia del azul en casi todos los aspectos sociales de la vida contemporánea, heredera del romanticismo. Su interés en el tema se verá, también, en la reseña que realiza en la revista *Índice* acerca del ensayo de Manuel Martínez Dávila (1883-1924), titulado *Lo azul en el arte*, publicado por la Editorial Poliedro en 1929<sup>6</sup>. Es de esa época también el ensayo que se titula «Literatura diabólica» que pasará a formar parte de *Aristas*. Se publicó en la revista *Puerto Rico Ilustrado* en 1923<sup>7</sup>. De ese ensayo Mercedes López-Baralt ha expresado lo siguiente:

“Literatura diabólica” se inspira en una gran verdad: Satanás ha ocupado siempre un puesto principal en la literatura occidental. Desde *La Divina Comedia* de Dante y *El paraíso perdido* de Milton, hasta los románticos y los contemporáneos. El polaco Maximiliano Rudwin no duda en decir que sin el diablo no hay literatura. Pedreira lo explica aludiendo a sus virtudes profanas: es divertido, baila, retoza, se enmascara, juega. De ahí que se haya convertido en una figura de la importancia de los héroes míticos, Pan y Prometeo.<sup>8</sup>

Luis Rafael Sánchez, en una prosa para el periódico *El Nuevo Día*, señalaba esa persistencia del diablo para evidenciar su omnipresencia:

Las religiones son poco creativas a la hora de figurar a Dios. Incluso se niegan a otorgarle aspecto alguno, dado que lo estiman inconcebible. Por misterioso, por divino, por sublime.

Las artes tampoco se arriesgan a figurar la complejidad de Dios. En cambio, la del Diablo no cesa de tentarlas, en especial las artes que materializa la palabra.

---

<sup>6</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Al margen de *Lo azul en el Arte*», *Índice*, año I, número VII, 13 de octubre de 1929; p. 108.

<sup>7</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Cuestiones estéticas: Literatura diabólica», *Puerto Rico Ilustrado*, año XIV, número 713, 27 de octubre de 1923; p. 15.

<sup>8</sup> Mercedes López-Baralt, «Estudio introductorio», Antonio S. Pedreira, *Aristas*, Santo Domingo, Ediciones Cielonaranja, 2018; pp. 17-18.

El inglés George Bernard Shaw dota al Diablo de prosa irónica en su obra teatral “Hombre y superhombre”. Y en “La protesta de Satán” del puertorriqueño Félix Matos Bernier, que la Editorial Tiempo Nuevo acaba de reeditar con una juiciosa y pertinente introducción de Miguel Ángel Náter, se describe su fatal belleza: –“Hombre bello, tan bello y tan radiante como el Romeo invicto de Verona”.<sup>9</sup>

Son palabras de Luis Rafael Sánchez. El ensayo de Pedreira «Literatura diabólica» venía precedido por un acápite «Cuestiones estéticas». Cabe apuntar que la colección de libros de Pedreira llevaba el título de Biblioteca Luzbel, lo cual deja atisbar su admiración, no por el maligno y horripilante ser de las religiones, sino por el hermoso ángel caído y bello que describe Milton en su *Paraíso perdido*. Fue celebrado en Puerto Rico por Alejandro Tapia y Rivera en *La Sataniada* y en sus *Conferencias sobre estética*; se reiterará en *La protesta de Satán*, de nuestro Félix Matos Bernier, lo retomará Evaristo Ribera Chevremont en una serie de poemas demoníacos –verdaderamente diabólicos– bajo el rótulo *Poemas del mundo negro* publicados en periódicos y revistas de la década del veinte y que debieron causar espanto en mentes como las de Concha Meléndez y Margot Arce, y estará vivo y coleando en los hermosos cuadros del italiano Roberto Ferreri, *Lucifer* y *Angelo caduto*, pongo por casos extremos. Se trata de lo que Pedreira describe con la siguiente frase: «bajo los soplos arcangélicos de la belleza», que parecería seguir la misma imagen que José Enrique Rodó exponía en su ensayo titulado «Rubén Darío» en 1899: «Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibíades, los fulgores de Apolo, la impavidez de Don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de Paris»<sup>10</sup>. En apretada síntesis, Pedreira da cuenta de sus lecturas, desde las teogonías y religiones antiguas a los cuentos de Edgar Allan Poe, la obras de los románticos ingleses, el *Fausto* de Goethe, los cuentos de William M. Thacheray y la poesía de Baudelaire, por mencionar algunos del largo arsenal de arte, música y literatura donde sigue esgrimiendo sus seducciones al hermoso ángel del mal.

---

<sup>9</sup> Luis Rafael Sánchez, «Otra vez el diablo», *El Nuevo día*, 28 de noviembre de 2018, en línea.

<sup>10</sup> José Enrique Rodó, *Obras completas*, compilación y prólogo de Alberto José Vaccaro, Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1948; p. 144.

Otros ensayos de esa época mostraban la preocupación del joven Pedreira por la situación de Puerto Rico y de los puertorriqueños, por ejemplo: el que lleva por título «Cómo se nos ignora, ¿Dónde está Puerto Rico?», publicado en *El Imparcial* en 1921<sup>11</sup>; el otro titulado «A los Toribios de Puerto Rico»<sup>12</sup>, publicado en el mismo periódico bajo el acápite de «Cuentos chinos»; el otro titulado «En honor a la verdad», publicado en *Puerto Rico Ilustrado* en 1921, en el cual arremete contra la literatura mediocre, a su parecer, que se estaba publicando en la Isla. La gran pregunta que intentaba contestar era: ¿Qué motivos retardan el advenimiento de nuestra alta y definitiva personalidad literaria, descartando los pocos años de vida intelectual? Contesta: la conformidad con el aplauso rural y pueblerino; el estancamiento después de haber alcanzado un puesto mediocre; la falta de lectura analítica y el estudio de libros fuertes; la indiferencia con que miramos los grandes problemas intelectuales del mundo, etc.<sup>13</sup> Se ocupó, también, de la situación de los puertorriqueños en Nueva York, como en el escrito de 1920, titulado «Ambiente neoyorquino»<sup>14</sup>, o en aquel otro titulado «La Torre de Babel, del New York judío y cosmopolita»<sup>15</sup>, y también del tema de España en América<sup>16</sup> y de la importancia del beso en los dominios públicos de España a partir del decreto del rey Alfonso XIII<sup>17</sup>. Su crítica al insularismo que tantos problemas le ha costado y tantos enemigos innecesarios, ya estaba en el ambiente antes de que cuajara en su famoso título. Eugenio Astol en 1922 citaba al catedrático Enrique Álvarez Pérez para referirse a la realidad de que Puerto Rico vivía aislado del resto del mundo, precisamente en un ensayo titulado «El Insularismo», publicado en *Puerto Rico Ilustrado* en 1922:

---

<sup>11</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Cómo se nos ignora, ¿Dónde está Puerto Rico?», *El Imparcial*, año IV, número 53, 7 de marzo de 1923; p. 6.

<sup>12</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Cuentos chinos: A los Toribios de Puerto Rico», *El Imparcial*, año IV, número 28, 4 de febrero de 1921; p. 3.

<sup>13</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «En honor a la verdad: Trasatlánticas», *Puerto Rico Ilustrado*, año XII, número 584, p. 28.

<sup>14</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Ambiente neoyorquino», *El Imparcial*, 21 de diciembre de 1920; p. 5.

<sup>15</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «La Torre de Babel», *El Imparcial*, año IV, número 36, 15 de febrero de 1921; p. 6.

<sup>16</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «España vuelve a América», *El Imparcial*, 10 de diciembre de 1920; p. 8.

<sup>17</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «El destierro del beso», *El Imparcial*, año IV, número 44, 24 de febrero de 1921; p. 6.

Una de las cosas más necesarias en nuestro país consiste en impulsar y favorecer el intercambio de ideas entre Puerto Rico y los demás pueblos.

Un observador medianamente perspicaz, que se fijase en este punto con relación a nuestro medio, echaría de ver al instante que vivimos demasiado constreñidos en nuestros propios límites, cerrando ojos y oídos a las palpitaciones de lo exterior. El mal no es nuestro, tan sólo. Todas las islas lo padecen. Es lo que el catedrático Enrique Álvarez Pérez llamaba con gráfica frase Insularismo. El Insularismo es una propensión al aislamiento tan característica como el giro de espíritu, de análogo carácter, que proviene del provincialismo, y mucho más agudo y permanente, porque él no se presta a la comunicación de cuerpos y almas con tanta facilidad como la tierra firme. Y mientras más pequeñas son las islas más aisladas resultan, dándose el curioso caso de que la visión continua de su pequeñez, agrandándose de manera desmesurada ante la consideración de ellas mismas, viene a ser algo así como rígida muralla que les intercepta el horizonte.<sup>18</sup>

Lo que parecería un invento de Pedreira, como se puede ver, era ya un asunto del diario vivir.

También se encargó Pedreira de reseñar la obra poética de Juan Jiménez Ramos<sup>19</sup> y la música del pianista Jesús María Sanromá<sup>20</sup>, así como de la obra dramática «Un enemigo del pueblo», de Enrique Ibsen<sup>21</sup>, este bajo el acápite, también, de «Cuestiones estéticas».

Este ensayo puede ser la antesala del apartado que Pedreira dedica a Henrik Ibsen en *Aristas*. Bien es cierto que los tres ensayos que dedica

---

<sup>18</sup> Eugenio Astol, «El Insularismo», *Puerto Rico Ilustrado*, año XIII, número 648, 29 de julio de 1922; p. 24.

<sup>19</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Vendimias del futuro, Juan Jiménez Ramos, ensayo crítico», *El Imparcial*, año III, número 280, 3 de diciembre de 1920; p. 2.

<sup>20</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «En la Atenas de América con Jesús María Sanromá», *Puerto Rico Ilustrado*, año XI, número 548, 28 de agosto de 1920; p. 1.

<sup>21</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Cuestiones Estéticas: Un enemigo del pueblo», *Puerto Rico Ilustrado*, año XII, número 614, 3 de diciembre de 1921; p. 13.

al autor de *Casa de muñecas*, *Espectros*, *El pato silvestre* y *Hedda Gabler* –nombre que usó en su momento Clara Lair como pseudónimo para redactar y publicar algunas de sus prosas– señalan un conocimiento más profundo de la obra del noruego. Se observa en su crítica algo que pocas veces observamos actualmente: lee la obra total de Ibsen, la escudriña desde perspectivas varias, atiende la biografía del autor real y los escollos que encuentra con la crítica de su tiempo, es decir, la recepción de la obra, así como los epistolarios. Como se ve, Pedreira no era todavía presa de la teoría literaria sin fundamentos, impulsada solamente por el «deseo de teoría» al que se refería Esteban Tollinchi en su verdaderamente magistral Conferencia Magistral de 1992, con toda la redundancia en mente.

Por aquellos primeros años de su prosa, Pedreira también se ocupó de la literatura española. Antes de publicar *Aristas*, donde incluye artículos de esa gran literatura como el que se titula «¿La generación del 98?» –entre signos de interrogación o bajo cuestionamiento–, «Los amores de Don Quijote», «Sansón Carrasco» y «Donjuanerías», donde incluye su visión del don Juan de Tirso de Molina y del de José Zorrilla, publicará el ensayo «Unamuno e Hispanoamérica» en la revista *Puerto Rico Ilustrado*, donde propone al autor de *Niebla* y al de *Zalacáin el aventurero*, Pío Baroja, como los autores representativos de la literatura contemporánea española en aquel momento<sup>22</sup>.

Según Cándida Maldonado de Ortiz, quien realiza una tesis sobre la obra y la vida de Pedreira, la recepción de *Aristas* al parecer fue positiva en Madrid y fue recomendado como uno de los mejores libros publicados entre julio y agosto de 1930. Sin embargo, ella misma califica al libro de forma negativa, ya que para ella exhibía «exceso de erudición» –como si eso fuese algo negativo e indeseable– y, también, «sentimentalismo rayano en la sensiblería». Sobre el «Ensayo cromático» afirma que se trata de algo «intrascendente». Mercedes López-Baralt discrepa de esto (15) y se comprende la respetuosa, pero radical, discrepancia, porque –ahora lo planteo yo–, junto con «Literatura diabólica», el «Ensayo cromático» es de lo mejor que se haya escrito en ese momento en Puerto Rico. De él quiero encargarme en la parte final de esta presentación como un homenaje a mi maestra Mercedes López-Baralt. Como bien señala esta, *Aristas* fue bien recibido también en Puerto Rico en 1930. Pero si *Aristas* es un

---

<sup>22</sup> Ver, Antonio S. Pedreira, «Unamuno e Hispanoamérica», *Puerto Rico Ilustrado*, 8 de junio de 1929; p. 13.



libro valioso por sí mismo, alejado, por un lado, de la ideología que anima buena parte de la obra de Pedreira y de la Generación del treinta, en ensayos de literatura comparada y extranjera, no dejará de lado el interés por Puerto Rico, como se colige por los ensayos «De los nombres de Puerto Rico» y «Portorriqueño o puertorriqueño». El primero, que muchas veces ha sido mencionado e indizado como un libro, es un ensayo breve que abarca dieciséis páginas del primer tomo de la *Revista de Estudios Hispánicos* de 1928. Resulta que ese artículo salió como sobretiro y está encuadernado con tapas, como si fuera un libro. Así se consigna en las ediciones de casi todos sus libros, desde *Insularismo* hasta *Aclaraciones y crítica*, con la Editorial Lancaster; pero esta era la editorial que publicaba la *Revista de Estudios Hispánicos* con el auspicio del Instituto de las Españas de Estados Unidos en Nueva York. Un ejemplar de ese ensayo se custodia en el Seminario Federico de Onís y lo dice claramente, reimpresso de la *Revista de Estudios Hispánicos*, Tomo I, número I, Enero-Marzo, 1928. Esto solía hacerse en aquel entonces. Ahí se encarga, como señala muy bien López-Baralt, de la pesquisa tras el nombre de Puerto Rico con todos sus recovecos. Es la pesquisa inicial por donde se debería comenzar al conocer algo o a alguien: por el nombre. Luego pasa a la polémica que se desarrolló en torno al gentilicio «puertorriqueño», «portorriqueño» o «portorrisense» para referirse a los que habitaban Puerto Rico. Debate la idea de que proceda del inglés y objeta las propuestas de Cayetano Coll y Toste, quien impulsaba el gentilicio «portoricense». Coll y Toste también utilizaba el gentilicio «boriqueño» o «boriquense» para referirse a los aborígenes de la Isla en su bella leyenda titulada «Guanina», escrita en 1908 y publicada posteriormente en *Leyendas puertorriqueñas* en 1928. Manuel Fernández Juncos ya prefería el gentilicio «puertorriqueño» como lo defiende Pedreira<sup>23</sup>. Aunque bien es cierto que en su antología realizada para las escuelas en la primera década del siglo, derivada de su preocupación por la pérdida de la lengua española y el conocimiento de nuestra literatura, se percibe el zigzag entre dos títulos: *Antología puertorriqueña*, en la edición príncipe de 1907, y luego a partir de 1911, *Antología portorriqueña*, tal como se divulgó en ediciones sucesivas hasta la última de 1959. Como lo destaca López-Baralt, y como lo demuestra Pedreira, el nombre Porto Rico no es fruto de la invasión estadounidense de 1898, «pues se

---

<sup>23</sup> Ver, Manuel Fernández Juncos, «Salvador Brau», en Salvador Brau, *Ecós de la batalla*, San Juan, Imprenta y Librería de José González Font, 1886; p. XV.

trata de una corrupción antiquísima, previa a la invasión y rechazada al principio por los mismos americanos, a los que hace tiempo se les quiere cargar con el sambenito» son palabras de López-Baralt (17).

La introducción de López-Baralt muestra a una lectora despojada de aquella atávica y nefasta actitud frente a este clásico de la literatura puertorriqueña. Su mirada amplia y profunda, deslumbrada como debería surgir de todo estudio y acercamiento al objeto del análisis, da cuenta de aspectos biográficos de Pedreira, de la formación académica y del desarrollo del joven muchacho que formó Federico de Onís, pero que pronto se independizaría del maestro para tomar el rumbo que mejor le plugo: la búsqueda de lo nuestro, sea eso lo que sea hoy en día. A su vez, destaca la mirada amplia de Pedreira, que, como correspondía a la formación inicial de los estudiantes de Estudios Hispánicos, no se limitaba a lo meramente hispánico, sino que asumía un carácter comparatista. En ese sentido, podríamos afirmar que la literatura comparada en la Universidad de Puerto Rico comenzó en nuestro Departamento de Estudios Hispánicos mucho antes de que existiera el Departamento de Literatura Comparada. Esto se puede colegir por el seminario de investigación que ofrecía Concha Meléndez, quien afirma lo siguiente en el *Boletín de la Universidad de Puerto Rico* en 1942: «El primer semestre de este curso se dedica a la preparación de un ensayo de literatura comparada; en el segundo, se investiga un tema de literatura puertorriqueña»<sup>24</sup>. Con aquella mirada amplia, como destaca López-Baralt, Pedreira redacta sus dos estudios más llamativos de *Aristas*, «Literatura diabólica» y «Ensayo cromático». Afirma López-Baralt: «Embriagado por el modernismo, Pedreira mira hacia atrás para rescatar el azul, «emperador cromático de todo un siglo», y trazar su biografía» (19). Este ensayo, es para mí, la gema del libro y uno de los mejores aciertos de Pedreira. Siempre he anhelado una piedra de zafiro oscuro engarzada en una enorme sortija de oro de 24 quilates. Algo hay en esa piedra, igual que en la amatista, que me transmite una emoción casi de verso mágico que me asalta en la desnudez de un cuerpo deseado. Pedreira asalta al color simbólico desde sus orígenes con Víctor Hugo pasando por todas las audacias del romanticismo, del simbolismo, de Mallarmé, del parnasianismo, del decadentismo hasta llegar a nuestra poesía donde destaca aquel hermoso poema de José A. Negrón Sanjurjo, titulado «El monte azul». Pero el azul,

---

<sup>24</sup> Concha Meléndez, «Nota», *Boletín de la Universidad de Puerto Rico*, serie XIII, número 2, diciembre de 1942; p. 7.

como en toda esa trayectoria secular se instala como rey y domina con su manto de zafiro todo el panorama, desde la *Revue Bleue* en París, el libro central de Darío, *Azul...* de 1888, la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera, el soneto titulado «Azul», del uruguayo Julio Herrera y Reissig. Y es que lo poético guía la búsqueda de la «exquisitez lírica» que representa el «Ensayo cromático». Se verá cuánta razón tuvo Pedreira, cuando veamos el azul en los inicios de la cuentística de Emilio S. Belaval precisamente en un libro titulado *El libro azul*; cuando resalte entre los cuentos de Eugenio Astol recogidos en *Cuentos y fantasías* (1904) aquel que se titula «Mariposas azules»; cuando se destaque en la búsqueda de la quimera tras el ideal que persigue Ferdinand R. Cestero a lo largo de su poesía; cuando Trina Padilla, La Hija del Caribe, escribía y publicaba en el periódico *El Imparcial* en 1922 su cuento modernista titulado precisamente «Cuento azul»; cuando Manuel Martínez Dávila le dedique todo un libro titulado *Lo azul en el arte* hacia finales de la década del veinte. Todavía después José Joaquín Ribera Chevremont publicará un libro titulado *Lámpara azul* en 1933. Y es que el azul, como símbolo del ideal se opondrá al *spleen*, al *ennui* o al *mal du fin de siècle*, al tedio de lo terrestre, llegando a significar elevación, evasión y superación de lo finito, como en la famosa búsqueda de la flor azul en la novela inconclusa titulada *Enrique de Ofterdingen* de Friedrich von Hardenberg, mejor conocido como Novalis.

De este libro inicial de Pedreira, María A. Barceló de Barasorda ha afirmado lo siguiente en una tesis presentada al Programa Graduado de Estudios Hispánicos en 1957: «*Aristas* es la mejor evidencia de los entusiasmos literarios de Pedreira, de su versatilidad, de su hispanismo, y de cómo éste va imperceptiblemente desembocando en el que habrá de ser su entusiasmo definitivo: lo puertorriqueño»<sup>25</sup>. A esto podríamos anexar que se trata, también, de la búsqueda que nos debería impulsar a todos, la de lo universal desde lo insular o si se quiere mejor desde lo *idio-* –aquello que más nos pertenece, sin llegar a la idiotez–, desde lo nuestro a lo universal.

Agradezco a Mercedes López-Baralt que me haya invitado a presentar esta joya de nuestra literatura. También agradezco a la Editorial Cielonaranja la publicación del libro, y a la Librería Laberinto el habernos acogido esta noche, así como a todos ustedes por estar presentes. Hace falta que se exponga y se valore nuestra literatura en su justo juicio, sin las

<sup>25</sup> María A. Barceló de Barasorda, *Interpretación de Puerto Rico en la obra de Antonio S. Pedreira*, disertación de maestría, Universidad de Puerto Rico, 1957; p. 67.

ideologías innecesarias que trunquen, como en el pasado, la brillantez de nuestras letras, eliminando el chauvinismo y exponiéndolas tal como son.